

decía, esa madre fundadora estaba levantando testimonio del nacimiento de una nación. Y estaba dando razón del orgullo de su pertenencia a ella.

El tiempo como factor fundante de la comunidad, pues. Somos lo que fuimos, y somos porque fuimos, y cuando la unidad de España, y por supuesto su misma constitución religiosa, está viviendo un momento especialísimamente delicado a raíz de los acontecimientos terroristas y sus consecuencias electorales de las últimas semanas, no estará de más que lo recordemos.

Y así queda explicado –y ésta es la confesión personal de este homenaje político– por qué nunca puedo separar en mi recuerdo aquel *Centennial* de mi juventud televisiva, de aquel Rafael Gamba de mi juventud lectora.

Y termino parafraseando esa idea para él tan querida de la rosa de *El Principito*: el tiempo que hemos pasado con los libros de Rafael, y ante todo y sobre todo el tiempo que hemos pasado en su incomparable compañía, es lo que le hace tan importante para nosotros (y por eso estamos aquí). Porque ese tiempo es asimismo fundante, nos constituye tal y como somos, y hace que el maestro y el amigo siga presente, no en nuestro recuerdo, sino en nosotros mismos.

CARMELO LÓPEZ-ARIAS MONTENEGRO

## V

### FIDELIDAD A LOS PRINCIPIOS Y LEALTAD A LAS PERSONAS RAFAEL GAMBRA EN MI PERSONAL «CAMINO DE DAMASCO»

Hace algo más de cuarenta años leí por primera vez un libro de Gamba. Ciertamente fue por obligación, porque se trataba del texto de la asignatura de Filosofía que se nos exigía en el bachillerato superior. No es que me encantara, pero lo encontré desde entonces tan interesante y clarificador que, concluido el curso, pedí a mi padre que en vez de pasarlo a los hermanos que me sucedían, como era costumbre, me permitiera conservarlo para mi incipiente biblioteca. Aún lo conservo como una joya.

Recuerdo que volví a ver su nombre en los primeros años 60, en la revista *Montejurra*, pero mi predisposición fue no prestarle demasiada atención, porque aquellos papeles eran armas arrojadas que a la sazón usaban contra mí algunos compañeros carlistas que se desesperaban sin comprender cómo yo con mis convicciones tradicionales –en muchas ocasiones mejor fundamentadas y más consecuente que ellos– rendía pleitesía apasionada a una dinastía liberal. Yo era el socio benjamín del Círculo Balmes de Las Palmas de Gran Canaria, y siempre estuve dispuesto a partirme la cara con los compañeros o a jugarme con los profesores las notas de la asignatura *Formación del Espíritu Nacional*

(¡mal empleadito nombre para tan insustancial contenido...!) en defensa de un don Juan supuestamente unguado al menos con la legitimidad de ejercicio.

Mi esperanza estaba fundamentada en las ilusiones del Pemán de *Cartas a un escéptico ante la Monarquía* y del Eugenio Vegas de los *Escritos Políticos y Consideraciones sobre la democracia*, y sobre todo en los fervores —para mí hoy ininteligibles— del hombre al cual debo estar aquí hoy y desde hace muchos años, entre todos ustedes.

Mi tío Gabriel, efectivamente, en sus idas y venidas a la Península, y más concretamente a Speiro, además de la revista *Verbo*, me suministraba toda la bibliografía sagrada de que disponemos, entre la cual las obras de Gamba fueron grabándoseme con letras de oro en el entendimiento.

Un mes después de morir Gabriel, asistí por primera vez a una reunión completa de la Ciudad Católica, en Santa Pola, para rellenar el desabrido vacío intelectual que sentía con su ausencia y para familiarizarme con sus mejores amigos. En aquella ocasión se me presentó Rafael Gamba. Era la primera vez que lo veía. Junto con un apretón de manos me regaló su *Monarquía Social y Representativa*, con una tierna dedicatoria.

Confieso que, a pesar de esa obra de caridad, la persona de Gamba no me fue simpática hasta mucho después. Su carácter adusto y sobrio, como buen vasco-navarro roncalés, no casaba, efectivamente, con la cordialidad de unas islas atlánticas casi tropicales, situadas y conformadas entre la lisonja andaluza y la lenta alegría del ultramar hispanoamericano. La sonrisa de Gamba, extremadamente cortés, eso sí, se me antojaba mueca obligada por una educación exquisita. No obstante lo comprendí, porque conocía su pensamiento, e inmediatamente llegué a hacerme cargo de que la perspicacia de sus análisis de las realidades circundantes no podían hacerlo feliz, y tampoco tenía porqué aparentarlo. Nada más antagónico de Gamba que los tontos alegres.

A partir de entonces, cada año lo disfrutaba a distancia, en la clarividencia de sus intervenciones en la Ciudad Católica.

Pasó el tiempo, y cuando en 1983, en otra de esas reuniones, Gabriella Pèrcopo me propuso intervenir en la conmemoración del CL aniversario del Carlismo, a celebrar en Talavera de la Reina, encargándome la ponencia foral sobre el Reino de las Islas Canarias, arguyendo que esa propuesta ya la tenía pensada el gran Elías de Tejada, asustado ante tamaña responsabilidad me fui a ver a Eugenio Vegas. No voy a comentar (porque ahora no viene a cuento) el grado de intimidad que yo había alcanzado con Eugenio en las larguísimas tertulias tenidas con aquel maestro en su biblioteca de Gurtubay y que para mí eran obligadas cada vez que venía por Madrid. La cuestión es que le consulté el ofrecimiento de Gabriella y él me contestó: «La nuestra, Pepe, es una causa perdida desde hace muchos años, pero estoy seguro de que para llevar a cabo nuestros ideales, en ningún sitio va a ser mejor que en la Comunión Tradicionalista. Acepta el ofrecimiento, pero antes vete a ver a Gamba».

Dicho y hecho. Pasaron unas pocas semanas. La ponencia estaba concluida. Volví a Madrid. Visité a Eugenio. El llamó a Rafael y le contestó que me esperaba. Fui a casa de Gamba. Con la cortesía y la sonrisa habitual, estaba de mal humor o tenía prisa. Apenas me hizo pasar del umbral de su puerta. Le expliqué brevemente mi propósito y le dejé copia del trabajo y el número de mi teléfono. Salí de allí con la pesadumbre de haber cometido una impertinencia. En un esfuerzo de comprensión pensé en una frase del atribulado Donoso Cortés más de un siglo antes, que más o menos decía así: «Soy hartamente intransigente para convenir yo a nadie o que alguien me convenga a mí...»

No habían pasado tres horas, cuando recibí una llamada de Gamba, rogándome en el tono lacónico que le caracterizaba que volviera a su casa. Fui temblando. Abrió la puerta y me dio un abrazo. Sus ojos, creo, estaban aguados; mi alma, no voy a decirles cómo.

Me hizo pasar al gabinete donde solía recibir, adornado con reposteros familiares, selectos óleos antiguos y unos pocos muebles de corte escurialense, todo trasunto capitalino de su solar de El Roncal. ¡Cuántas veces, después, disfruté de aquella venerable estancia durante horas, unas veces acompañado del bueno de José María Cussell, otras del fogoso Galarreta, otras él y yo solos, con Dios!

Me ordenó que en adelante lo tuteara. Sirvió unas copas. Me habló durante largo rato de la combinación entre la fidelidad a los principios y la lealtad a las personas. Convencido de que ese era el eje principal de su actuación en su vida y su obra, me despedí emocionado, no sin antes quedar emplazado para que unos días después me llevara a Talavera. Así fui, en un día magnífico de otoño, con el aire dando en nuestra frente por la ventana del techo de su coche, con la cabeza fría y los pies calientes, como debe ser y como a él le gustaba, conducido por sus manos en aquel «el camino de Damasco».

Ante el dolor de su reciente ausencia, tengo la absoluta seguridad de que tiene que estar gozando los méritos de su obra y los sacrificios de su vida, con Gabriel, con Eugenio, con Francisco Elías y Gabriella, con Cussell, con Larramendi con tantos otros..., en la Gloria eterna.

JOSÉ DE ARMAS

## VI

### LOS GAMBRA Y LOS LARRAMENDI: UNA AMISTAD CARLISTA

Quiero expresar antes de nada mi satisfacción por haber sido invitado a participar en este acto, participación que hago como representante de una saga, la saga Larramendi, tan pareja a esa gran saga Gamba.

Mi intervención va a ser, y ha de ser, extra-académica. Y por muchas razones. En primer lugar porque es vicaria de la intervención que debería haber